

PARTE I
SU DISEÑO SOBRENATURAL

Capítulo I

*EL DISEÑO PATENTE EN
LAS OBRAS DE DIOS*

«¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y abarcó los cielos con su palmo, en un tercio de medida juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados?» (Is. 40:12).

«Grandes son las obras de Jehová,
Dignas de meditarse por cuantos en ellas se complacen»
(Sal. 111:2).

No puede haber ni obras ni palabras innumerables. Podemos comprender cómo el hombre puede hablar sin designio ni significado, pero no podemos imaginar que el gran e infinito Creador y Redentor pudiera obrar o hablar sin que Sus palabras y obras sean perfectas en todos los respectos.

«En cuanto a Dios, perfecto es su CAMINO» (Sal. 18:30).

«La ley de Jehová es perfecta» (Sal. 19:7). Ambas son perfectas en poder, santidad, justicia, designio, ejecución, perfectas en su objeto y fin y, por qué no decirlo, perfectas en su *número*.

«Justo es Jehová en todos sus caminos, y misericordioso en todas sus obras» (Sal. 145:17).

Todas Sus obras fueron (y son) hechas, y todas Sus palabras fueron pronunciadas y escritas, de la manera correcta, en el momento justo, en el orden correcto y en el número justo. «Él cuenta el número de las estrellas» (Sal. 147:4). Él «saca y cuenta su ejército» (Is. 40:26). Él da «su peso al viento» y «da a las aguas su medida» (Job 28:25).

Así, podemos decir junto con David: «Medito en todas tus obras; reflexiono sobre las obras de tus manos» (Sal. 143:5).

En todas las obras de Dios no encontramos sólo lo que llamamos «Ley» y a un Legislador, sino que observamos asimismo a uno que hace cumplir la ley. Hablamos de leyes, pero ellas no son nada en sí mismas. No tienen ser; no poseen poder; no pueden autogenerarse ni lograr su propio cumplimiento. Lo que queremos decir cuando hablamos de las leyes en la naturaleza es simplemente esto: Dios en acción; no meramente Dios dictando o promulgando leyes, sino llevándolas a cabo e imponiendo su cumplimiento.

Así como Él es perfecto, de la misma manera Sus obras y palabras lo son. Y cuando vemos números empleados no al azar, sino con designio, no aleatoriamente, sino con significado, entonces no vemos simplemente estas obras y palabras, sino al Dios vivo obrando y hablando.

En esta primera parte de nuestro tema vamos a considerar sólo del *designio* en el empleo de los números; y en la segunda parte de su *significación*. Y en este primer capítulo limitaremos nuestras consideraciones al designio que se aprecia en las *obras* de Dios; en el segundo, tal como se ve en la *Palabra* de Dios.

Cuando vemos el mismo designio en ambas cosas; las mismas leyes en acción; los mismos misteriosos principios en acción en cada uno de ellos, es abrumadora la convicción de que tenemos al mismo gran Diseñador, al mismo Autor; y vemos la misma Mano, el mismo sello puesto sobre todas Sus obras, y la misma firma o autógrafo, por así decirlo, en cada página de Su palabra. Y no un autógrafo que pueda ser arrancado o borrado, sino indeleble, como la marca de agua en el papel; impreso y entretejido de tal manera que ningún poder sobre la tierra podría deshacerlo.

Pasemos primero a

LOS CIELOS

Vemos aquí los números expuestos de una manera notable. Los 12 signos del Zodíaco, cada uno de ellos con tres constelaciones, lo que hace 36 en total, que, a su vez, junto con los 12 signos, hacen un total de 48. Por tanto, tiene que haber una razón para que el número 12 impregne los cielos. ¿Por

qué debería ser 12 el factor predominante? ¿Por qué no 11, o 13, o 7, o 20?

Ello se debe a que 12 es uno de los cuatro números perfectos, el número de la *perfección gubernamental*; de ahí que esté asociado con el *gobierno* de los cielos, porque el sol ha sido dado para «que señorease en el día» y la luna «para que señorease en la noche». Pero el significado de esto tiene que quedar aplazado hasta que pasemos a considerar el número «doce» bajo su propio encabezamiento. Por ahora es suficiente dejar constancia del hecho, en el mismo umbral de nuestro tema, de que tenemos una medida o factor común, que se ve en los 12 signos del Zodíaco, en las 36 (3 x 12) constelaciones,¹ el total de 48 (4 x 12); los 360 (12 x 30) grados en que se divide todo el gran círculo de los cielos. Nadie puede decirnos por qué el número de grados fue fijado al principio como de 360. Nos ha venido desde los tiempos más antiguos, y se emplea universalmente sin cuestiones de ningún tipo.² Y es esta división del Zodíaco la que nos da los 12 meses del año zodiacal. También recibe el nombre de año profético, porque es el año que se emplea en las profecías de la Biblia.³

Así, aquí tenemos un ejemplo de un número que se emplea en el cielo. El factor predominante es el *doce*.

CRONOLOGÍA

No es necesario entrar en las complicaciones de esta inmensa parte de nuestro tema. A pesar del hecho de que Dios dio al hombre estos cronómetros celestiales, ha empleado tan mal este don (como también ha sucedido con todo otro don que Dios le haya dado) que ¡ahora no puede decir en qué año estamos en realidad! No hay cuestión que esté sumida en una mayor confusión que ésta, y ello empeorado por aquellos que desean que las fechas concuerden con sus teorías de los números, en lugar de con los hechos de la historia.

Por ello, evitaremos el empleo humano de los números. Nuestra única preocupación en esta obra de Dios se encuentra en el uso que Dios hace de ellos. Por tanto, aquí hallaremos lo que es cierto y lleno de interés.

La primera división natural del tiempo va señalada por el número *siete*. En el *séptimo* día reposó Dios de Su obra de la Creación.

Quando Él promulgó el ritual para Israel que debía exponer Su obra de Redención, volvemos a ver el *siete* sobre ella en todos sus tiempos y sazones. El día *séptimo* era el día santo; el mes *séptimo* era especialmente santificado por el número que tenía de fiestas sagradas; el año *séptimo* era el año sabático de reposo para la tierra; y el período de 7 x 7 años señalaba el año del Jubileo (Lv. 25:4, 8).

Treinta jubileos nos llevan desde el Éxodo hasta el comienzo del ministerio de Cristo, cuando, abriendo el libro de Isaías en 61:2, proclamó Él «el año de la buena voluntad de Jehová» en una profecía *séptuple* (véase Lc. 4:18-21).

Las grandes divisiones simbólicas de la historia de Israel, o más bién de los tiempos de los tratos de Dios con ellos, están señaladas por el mismo número; y si nos confiamos a la *duración* de los años en lugar de a la sucesión de los años y de las fechas *cronológicas*, con *καιρός* (*kairos*), una porción definida y delimitada de tiempo, en lugar de con *χρόνος* (*chronos*), tiempo, *el curso del tiempo en general*⁴ (de ahí nuestra palabra «cronología»), no tendremos dificultades.

Los tratos de Dios con Su pueblo tienen que ver con la *duración* real del tiempo más que con *fechas* específicas; y vemos que sus tratos con Israel fueron medidos en cuatro períodos, cada uno de ellos de una duración de 490 (70 veces 7) años. Así:

El primero: De Abraham al Éxodo.

El segundo: Del Éxodo a la Dedicación del Templo.

El tercero: Desde el Templo hasta el regreso de Nehemías.

El cuarto: Desde Nehemías hasta la Segunda Venida.

Está claro que éstos son períodos cuya duración tiene que ver sólo con Israel y con los inmediatos tratos de Jehová con ellos. Porque en cada uno de ellos hay un período de tiempo durante el cual Él no estaba gobernándolos de un modo inmediato, sino en el que Su mano se apartó de ellos, y Su pueblo quedó sin señales visibles de Su presencia con ellos.

CRONOLOGÍA

15

Años

1. Desde el nacimiento de Abraham hasta el Éxodo hubo <i>realmente</i> (Gn. 12:4; 16:3 y 21:5) ⁵	505
Pero deduciendo los 15 años mientras Ismael fue la simiente de Abraham, retardando la simiente de la promesa:	<u>15</u>
Lo que nos da los <i>primeros</i> 70 x 7 años	<u>490</u>

2. Desde el Éxodo hasta la fundación de Templo, según Hch. 13:20: ⁶	Años	Años
En el desierto	40	
Bajo los Jueces	450	
Saúl	40	
David	40	
Salomón (1 ^o R. 6:1, 37).....	<u>3</u>	
		<u>573</u>

Pero a estos años debemos restarles las Cautividades bajo		
	Años	Años
Cusán (Jue. 3:8).....	8	
Eglón (Jue. 3:14).....	18	
Jabín (Jue. 4:3).....	20	
Los madianitas (Jue. 6:1).....	7	
Los filisteos (Jue. 13:1) ⁷	<u>40</u>	
		<u>93</u>
Lo que nos deja		480

A esto debemos añadir los años durante los que estuvo el Templo en construcción, la terminación de la casa (1 ^o Reyes 6:38).....	7
Y <i>como mínimo</i> para proveer para todo el trabajo y para acabarlo (1 ^o Reyes 7:13-51) ⁸	3
Lo que nos lleva al <i>segundo</i> período de 70 x 7 años =.....	<u>490</u>

3. Desde la Dedicación del Templo hasta el regreso de Nehemías en el año 20 de Artajerjes (Neh. 2:1).....	560
Restar los 70 años de Cautiverio en Babilonia (Jer. 25:11, 12; Dn. 9:2)	70
Lo que nos lleva al <i>tercer</i> período de 7 x 70 años =	<u>490</u>

4. Desde el regreso de Nehemías hasta el «cortamiento» de «el Mesías Príncipe» (Dn. 9:24-27)		
Las «Siete Semanas» (7 x 7).....	49	
Las «Sesenta y dos semanas» (62 x 7).....	<u>434</u>	
		483
«Después de esto, el Mesías debía ser «cortado», comenzando a continuación el presente intervalo, el más prolongado de todos, que ya ha durado más de 1890 años, y que ha de ser seguido, cuando Dios vuelva a tener tratos con Su pueblo Israel, por «Una semana» ⁹		<u>7</u>
		<u>490</u>

Así, el número *siete* está marcado sobre «los tiempos y las sazones» de las Escrituras, indicando la *perfección espiritual* de las Profecías divinas.

LA NATURALEZA

Esta ley la observamos en acción en varios reinos de la naturaleza. En ocasiones, un número es el factor dominante, en ocasiones es otro. En la naturaleza se ve que el *siete* es lo que marca al único posible modo de clasificación de la masa de individuos que constituye el departamento especial que se llama ciencia. Presentamos las *siete* divisiones, con ejemplos de los reinos animal y vegetal. Un espécimen de *animal* y el otro de una *flor* (la rosa).

I. REINO	Animal	Vegetal
II. FILUM	Vertebrado	Fanerógama
III. CLASE	Mamífero	Dicotiledónea
IV. ORDEN	Carnívoro	Rosifloræ
V. FAMILIA	Canidæ	Rosaciæ
VI. GÉNERO	Perro	Rosa
VII. ESPECIE	Spaniel	Rosa de té

EL REINO VEGETAL

Aquí todo es ley y orden. Los números entran aquí determinando en muchos casos varias clasificaciones. En las Endógenas (o plantas de crecimiento interno) el número dominan-

te es el *tres*, mientras que en las Exógenas (o plantas de crecimiento externo) el número que predomina es el *cinco*.

Los granos en el maíz están dispuestos en hileras generalmente rectas, pero en ocasiones en espiral. Y estas hileras ¡siempre aparecen en un *número par*! ¡Nunca impar! Se encuentran desde 8 a 10, 12, 14, 16, y a veces hasta 24. Pero nunca 5, 7, 9, 11, 13 o cualquier cantidad impar de hileras. El número par es permanente. H. L. Hastings cuenta de un granjero que estuvo 27 años buscando y no pudo encontrar una cantidad *impar* de hileras. A un esclavo le ofrecieron una vez la libertad si descubría una mazorca de maíz con número impar, ¡y un día encontró una! Pero la había encontrado también tiempo atrás, cuando era joven; había cortado cuidadosamente una hilera y la había envuelto, de manera que las partes *crecieran juntas* al ir creciendo la mazorca, que finalmente presentó el fenómeno de prestar una cantidad impar de hileras. Esta excepción demuestra la regla de una manera interesante.

Si observamos cómo las hojas brotan del tronco de la planta, no sólo se ve la ley en la clasificación de su naturaleza y carácter, sino también el número en su arreglo y disposición. Algunas se sitúan de modo alterno, otras en oposición, mientras que otras son dispuestas *en espiral*. Pero en cada caso, todo tiene lugar en un orden perfecto. Después de una cierta cantidad de hojas uno llega a otra que está inmediatamente encima de la primera, y en la misma línea que ella:

En la manzana es la quinta hoja.

En el roble, la cuarta.

En el melocotonero, etc., es la sexta.

En el acebo, etc., es la octava; pero se precisa de *dos vueltas* de la espiral antes que la hoja octava se encuentre inmediatamente por encima de la primera.

En el alerce es la hoja vigésimo primera; pero no es hasta después de *ocho vueltas* de la espiral que la hoja vigésimo primera se encuentra directamente sobre la primera.

Se podrían multiplicar los ejemplos indefinidamente si el tema a tratar fuera exclusivamente el *designio* en la *naturaleza*. Pero es nuestro deseo escudriñar la Palabra de Dios, y por ello sólo podemos arañar la superficie de Sus obras, aunque de manera suficiente para poder ilustrar la acción de la Ley y la presencia de Aquel que la mantiene.

LA FISIOLÓGIA

Nos ofrece un inmenso campo de donde conseguir ilustraciones, pero una vez más aquí se ve que la gran impronta es el número *siete*. Los años de vida del hombre son «setenta» (7 x 10). En *siete* años cambia toda la estructura del cuerpo; y todos estamos familiarizados con «las siete épocas de la vida del hombre».

Hay *siete* palabras griegas que se emplean para describir estas *siete* edades, según Filón:

1. La infancia (*παιδίον, paidion*, un pequeñuelo).
2. La niñez (*παις, pais*, niño, chico).
3. Pubertad (*μειράκιον, meirakion*, mozalbete, mozo).
4. Juventud (*νεανίσκος, neaniskos*, joven).
5. Etapa adulta (*άνήρ, anēr*, hombre).
6. La decadencia (*πρεσβύτης, presbutēs*, anciano).
7. La senilidad (*γέρων, gerōn*, viejo).

Los diversos períodos de *gestación* son también comúnmente un múltiplos de *siete*, bien de días o de semanas.

En el caso de los INSECTOS, los huevos se abren a partir de *siete* medios días (como en el caso de la abeja, la avispa, etc.), mientras que en otros casos se trata de siete días enteros. La mayor parte de los insectos precisan de 14 (2 x 7) a 42 (6 x 7) días; lo mismo se aplica al estado *larval*.

En el caso de los ANIMALES el período de *gestación* es así:

- El ratón, 21 (3 x 7) días.
- La liebre y la rata, 28 (4 x 7) días.
- El gato, 56 (8 x 7) días.
- El perro, 63 (9 x 7) días.
- El león, 98 (14 x 7) días.
- La oveja, 147 (21 x 7) días.

Con las AVES, la *gestación* es:

- En la gallina común, 21 (3 x 7) días.
- En el pato, 42 (6 x 7) días.

En el caso de la especie *humana* es de 280 días (o 40 x 7).

Además, el hombre parece estar hecho a base de lo que podríamos llamar el principio de los *siete* días. En varias enfermedades, los días *siete*, catorce y veintiuno son críticos, y

en otras *siete* o catorce medios días. El pulso humano late siguiendo el principio de los *siete* días, porque el doctor Stratton expone el hecho de que durante seis días va más acelerado por la mañana que por la tarde, mientras que *en el séptimo día late más lento*. Así, el número siete está estampado sobre la fisiología, y es así amonestado, como hombre, a reposar cada *séptimo* día. No puede violar esta ley impunemente, porque está imbricada en su mismo ser. Puede decir, «descansaré cuando me venga en gana» —un día cada diez, o irregularmente, o nada en absoluto—. Igualmente podría decir de su reloj de cuerda de ocho días: «Es mío, y le daré cuerda cuando me plazca». A no ser que le dé cuerda una vez cada ocho días como mínimo, en conformidad al principio con el que fue fabricado, sería inútil como reloj. Lo mismo pasa con el cuerpo humano. Si no reposa conforme a la ley divina, se verá obligado, más tarde o más temprano, a «guardar sus sábados», y el reposo que no quería tomar a intervalos regulares en conformidad al mandamiento de Dios ¡deberá tomarlo *todo de golpe* por orden de los hombres! Incluso en este caso, Dios le da más reposo que el que pueda conseguir por sí mismo; porque Dios querría que se tomara 52 días de reposo al año, y los pocos días de «cambio» que puede conseguir por sí mismo son un mísero sustituto para esto. Es como todos los intentos humanos de mejorar los caminos de Dios.

No obstante, no es siempre el *siete* el factor predominante en la fisiología o en la historia natural.

En el caso de la ABEJA, es el número *tres* el que impregna todo lo relacionado con ella:

En tres días se abre el huevo de la reina.

Es alimentada durante nueve días (3 x 3).

Alcanza la madurez en 15 días (5 x 3).

La larva de la obrera alcanza la madurez en 21 días (7 x 3).

Y se pone a trabajar tres días después de salir de su celda.

El zángano madura en 24 días (8 x 3).

La abeja está compuesta por tres secciones: cabeza y dos estómagos.

Los dos ojos están compuestos cada uno por alrededor de 3.000 pequeños ojos simples (con una forma semejante a las celdas del panal), teniendo cada uno de ellos seis lados (2 x 3).

Tiene seis (2 x 3) patas. Cada pata está compuesta por tres secciones.